

Vida anartista

El anartista no es un artista, no es un anarquista, no es ambos; quizás no es un ser. Diríamos que carece de atributos que lo cualifiquen para la vida. Pero, es vida. El anartista canta sus disidencias en el baño de sudor, baila con sus diferencias sobre el filo de la navaja cerrada, compone sus dudas en las esquinas del círculo hermético. Es un motor, móvil. Y se esconde. Se esconde porque sabe que, si es descubierto, su enemigo vendrá a por él. De todos modos, hay veces en las que se expone demasiado en sus salidas; es su conducta habitual.

El anartista, cuando sale de su escondrijo toma formas diversas, camuflajes, que lo hagan indistinguible del resto del mundo: se disfraza de palabras comunes o mayores, de barricada de almas bellas y miradas tiernas, se viste de parodia o de son, se pone las gafas del ser muerto o el sudario del ser vivo. También se puede convertir en pared que habla o tomar la forma de una octavilla o de un trozo de piedra mimada, de un objetivo o de un proyectil, de un color minucioso o de una espalda mojada. Puede ser una llamada de teléfono o de atención, o simplemente una oreja, un contagio, un silencio que levante la tapa de los sesos. A veces teclea en una máquina de escribir música grave o hace burlas chinescas a la luz del cinematógrafo, escucha una radio que supo desafiar al mal tiempo, maneja un arma privada de fuego o cocina para todos los públicos. Se convierte en venda mientras no sea para tapar los ojos o en esparadrapo que no tape bocas. A menudo, él mismo se disfraza de escondite.

Pero el enemigo del anartista, que tampoco existe, trabaja desde hace tiempo: el motor inmóvil. Él también toma formas diversas, camuflajes, que lo hagan indistinguible del resto del mundo: se disfraza de palabras comunes o mayores, de barricada de almas bellas y miradas tiernas, se viste de parodia o de son, se pone las gafas del ser muerto o el sudario del ser vivo. También se puede convertir en pared que habla o tomar la forma de una octavilla o de un trozo de piedra mimada, de un objetivo o de un proyectil, de un color minucioso o de una espalda mojada. Puede ser una llamada de teléfono o de atención, o simplemente una oreja, un contagio, un silencio que levante la tapa de los sesos. A veces teclea en una máquina de escribir música grave o hace burlas chinescas a la luz del cinematógrafo, escucha una radio que supo desafiar al mal tiempo, maneja un arma privada de fuego o cocina para todos los públicos. Se convierte en venda mientras no sea para tapar los ojos o en esparadrapo que no tape bocas. A menudo, él mismo se disfraza de escondite. Y es muerte.